

# CLEMENTE DE ALEJANDRIA ESCRITURARIO

Tiene el estudio de la exégesis bíblica de los antiguos Padres y escritores eclesiásticos grande importancia, por cuanto nos da a conocer el espíritu tradicional de la Iglesia en la interpretación de las Escrituras. Eran éstas el alimento espiritual de los antiguos cristianos, que en la lectura y meditación de los Libros Santos encontraban realizada aquella sentencia de San Pablo: «Toda la Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena» (II Tim. 3, 16). Pero la exégesis formal de la Escritura no empieza sino con Orígenes, el gran doctor de Alejandría, que sucedió a nuestro Clemente en la cátedra catequística de aquella gran metrópoli. Clemente nos muestra en sus obras una gran erudición profana y sagrada; pero no nos ha dejado lo que se llama un comentario propiamente dicho sobre ningún libro de la Biblia. Lo cual no quita que sus escritos no contengan documentos muy apreciables para la historia de la exégesis bíblica.

Eusebio de Cesárea nos ha transmitido en la Historia Eclesiástica una noticia completa de las obras de Clemente y es lástima, que, precisamente la que más se acercaba a un comentario bíblico, no se haya conservado sino en muy escasos fragmentos (H. E. VI, 13 s.). Su autor llamó a esta obra *Hypotyposesis*, que los latinos traducen por *Adumbrationes*, y, en castellano podemos traducir por esbozos, bosquejos. En ellos hacía el resumen de cada libro, así del Antiguo, como del Nuevo Testamento, deteniéndose a comentar los pasajes que consideraba de mayor interés. Casiodoro, que tradujo al latín los *Hypotyposesis*, no se atrevió a hacerlo sin introducir algunas correcciones doctrinales en algunos puntos, en los que Clemente «incaute locutus est». De esta suerte, «quibusdam exclusis offendiculis, purificata doctrina ejus, securius possit audiri»<sup>1</sup>. El patriarca Focio

---

<sup>1</sup> P. G. 9, 729 ss.

en su *Bibliotheca* juzga con más dureza la obra de Clemente, al decir, que, si bien en algunos puntos de doctrina parece sentir con rectitud, pero en otros habla impiamente y se deja llevar de la imaginación <sup>2</sup>. Sin duda que Focio, igual que otros autores, se muestra excesivamente severo en juzgar a Clemente y no tiene en cuenta que, ni la doctrina estaba tan clara en el siglo III, ni el lenguaje teológico era tan preciso como en los siglos posteriores. A los Padres y escritores antiguos hay que juzgarlos con un espíritu de benignidad, distinto del que aplicamos a los teólogos posteriores, que vivieron cuando los problemas estaban completamente dilucidados y el lenguaje teológico era más preciso.

A este propósito será bien notar lo que Clemente nos declara al principio de sus *Stromata*, Tópicos, Misceláneas, sobre los maestros que ha tenido. Oyó en Grecia a un jonio, oriundo de Celesiria; luego en la Grecia Magna a otro, originario de Egipto. También oyó, en las partes de Oriente, a un sirio y a un hebreo. Pero quien trajo la paz a su alma, sedienta de verdad, fué otro, a quien vino a descubrir en Egipto. Esta verdadera abeja siciliana libaba en las flores por los prados proféticos y apostólicos e infundía luego en los corazones de sus oyentes la ciencia pura de la verdad. Todos éstos guardaban fielmente la ciencia pura de la doctrina, que como dóciles hijos habían recibido de sus padres, los Apóstoles, Pedro, Santiago, Juan y Pablo, doctrina, que, por la voluntad de Dios, llega a nosotros como semilla recibida de los mayores <sup>3</sup>. No hay duda que esta abeja siciliana, de quien habla en postrer lugar y a quien confiesa deber la paz de su alma, sedienta de verdad, es S. Panteno, maestro de la escuela catequística de Alejandría, a quien el mismo Clemente sucedió.

\* \* \*

El primer punto, que debemos abordar en Clemente escriturario, será el de su *canon bíblico*. Es bien sabido cómo los historiadores del canon del Antiguo Testamento distinguen el canon *palestinese*, que abarca los libros escritos y conservados en lengua hebrea y el canon *alejandrino*, que con los hebreos comprendía otros más,

---

<sup>2</sup> P. G. 8, 46.

<sup>3</sup> P. G. 8, 700.

escritos, o al menos conservados, en lengua griega, y que en el siglo xvi recibieron el nombre de *deuterocanónicos*. Los Apóstoles, hicieron entrega a la Iglesia de este último canon más completo en la versión de los LXX, y ésta es el que recibió así mismo la Iglesia de Alejandría, de la que fué Clemente, en la segunda mitad del siglo II, una brillante lumbrera.

Por lo que toca, pues, al Antiguo Testamento abarca el canon de Clemente todos los libros de la Biblia que hoy venera la Iglesia. Recibe, dice Eusebio, ciertos libros, que algunos rechazaron, v. gr. la *Sabiduría* llamada de Salomón, el *Eclesiástico* de Jesús ben Sirach, los dos libros de los *Macabeos*, *Tobías*, *Judit*, la historia de Susana en *Daniel* <sup>4</sup>. Si algún libro no se halla mencionado en sus escritos hemos de atribuirlo, más que a desconocimiento, a no haber tenido ocasión de recordarlo.

El Padre de la Historia Eclesiástica anota con mucha diligencia los libros del Nuevo Testamento, que aparecen citados en los Padres o escritores eclesiásticos y advierte que en las *Hypotyposesis* recibe Clemente aún aquellos que por muchos no son admitidos como inspirados. En efecto, bajo el nombre de Evangelio cita Clemente los cuatro evangelistas. Conoce los *Hechos* como obra de S. Lucas; de S. Pablo, a quien suele citar con el título de el Apóstol, recibe las catorce epístolas y a propósito de la epístola a los *Hebreos* dice que fué escrita por S. Pablo en hebreo y traducida al griego por el autor de los *Hechos*. La semejanza del estilo sería para Clemente la prueba de esta aserción suya. Conoce también las epístolas católicas, excepto, tal vez, la segunda de S. Pedro y la tercera de S. Juan. El *Apocalipsis* no le ofrece las dificultades que poco más tarde movieron a S. Dionisio de Alejandría a rechazarlo <sup>5</sup>.

La literatura apócrifa abundaba mucho en la época de Clemente y sería extraño que, varón tan erudito, no se mostrara conocedor de ella. Con los libros canónicos cita también no pocos apócrifos, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, y otros de autores eclesiásticos, que eran muy leídos en la Iglesia primitiva, v. gr. la *Didáque*, la Epístola de S. Clemente Romano a los Corintios, el *Pastor* de Hermas y la Epístola llamada de S. Bernabé.

<sup>4</sup> NICOLAUS DE NOURY, *Dissertationes de omnibus Clem. Alex. operibus*, II, 3 s.; P. G. 9, 1079.

<sup>5</sup> *Hist. eccl.*, VI, 13,

Cuando S. Atanasio, en su encíclica pascual, daba a conocer a los obispos y fieles de su patriarcado el canon de los libros sagrados, según la tradición de su iglesia, podía contar a su favor con un testigo tan autorizado como Clemente <sup>6</sup>.

Eusebio nos ha conservado la tradición recogida por Clemente sobre el origen de los cuatro evangelios. Según el testimonio de los presbíteros o ancianos, a quienes hace referencia, los primeros serían los dos que contienen la genealogía del Señor, S. Mateo y San Lucas. Luego S. Marcos, que escribió en Roma su evangelio, según la catequesis de S. Pedro y a ruegos de los fieles. Informado de ello el Apóstol, dejó hacer. S. Juan, advirtiéndolo que sus predecesores habían contado cuanto tocaba a la humanidad del Señor, a petición de los fieles de Asia, escribió el cuarto evangelio, el *evangelio espiritual* <sup>7</sup>. Y porque se vea mejor el sentido que para Clemente tenía esto de *evangelio espiritual* citaremos un pequeño fragmento de sus *Hypotyposesis*, tomado de la versión de Casiodoro, sobre la primera epístola de S. Juan, que tan íntima relación tiene con el cuarto evangelio: «La sentencia, «*lo que era desde el principio*», con que empieza la epístola, lo exponía de este modo el presbítero, diciendo que el principio de la generación (el Padre) no está separado del principio de la creación (Dios), pues cuando dice *lo que era al principio* expresa la generación sin principio del Hijo, que existe junto con el Padre. La palabra Verbo viene a significar la eternidad, que carece de principio, y a la vez, que el mismo Verbo, que es Hijo de Dios, en razón de la igualdad de sustancia, es uno con el Padre, eterno y no hecho. Que el Verbo existió siempre, se halla significado en las palabras del evangelio: *al principio era el Verbo*».

Las siguientes palabras de la epístola: «*lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida*», las glosa Clemente diciendo, que no sólo significan la carne, sino las virtudes del mismo Hijo. A la manera que el rayo del sol llega hasta los lugares más bajos de la tierra, así el rayo del Sol divino, viniendo en la carne, se hizo palpable a los discípulos, pues según las tradiciones, Juan no se contentó con tocar por de fuera el cuerpo del Señor, sino que introdujo la mano en

<sup>6</sup> P. DEUSCH, *Der neutestamentliche Skripturkanon im Clemens von Alexandria*. Freiburg im Br. 1894.

<sup>7</sup> Lugar citado.



el interior de la carne, y que la dureza de la carne en modo alguno había ofrecido resistencia, sino que había dejado paso a la mano del discípulo. Por lo cual añade: *y nuestras manos palparon tocante al Verbo de la vida, el cual se hizo palpable viniendo en la carne y así la vida se manifestó*. Pues en el evangelio se dice: *y lo que fué hecho, en él era vida y la vida era la luz de los hombres* <sup>8</sup>.

\* \* \*

Es notable el conocimiento de la Biblia que revela Clemente en sus obras. Causa admiración la facilidad con que maneja los textos bíblicos, de ordinario según la versión de los LXX. Siguiendo el uso, que se echa de ver en S. Pablo, con frecuencia junta en uno varios pasajes diferentes, otras veces los cita con libertad, según le vienen a la memoria; y esta libertad en citar es a veces tan grande, que cuesta trabajo la identificación de algunos pasajes. Con la ayuda de esta erudición escrituraria demuestra lo que pretende enseñar, lo ilustra o aclara, o cuando menos ameniza su discurso.

Como prueba podemos aducir el siguiente párrafo tomado de su *Pedagogo*. Habla de la vida conyugal y después de citar unos versos «admirables de la tragedia», añade: «Tales son los preceptos de la humana sabiduría, que no debemos recusar. Pues conociendo vosotros vuestro deber «vivid con temor de Dios el tiempo de vuestra vida terrena, teniendo en cuenta que no con el oro y la plata, que son corruptibles, hemos sido redimidos de la vana conversación, recibida de nuestros padres, sino con la preciosa sangre de Cristo, en quien, como cordero inmaculado, no hay tacha ninguna (I Petr. 1, 17-19). Sobrado ha sido, dice Pedro, el tiempo en que seguimos la vida de los gentiles, en que caminamos en el desenfreno, en las liviandades, en crápula, en comilonas, embriagueces y en abominables idolatrías» (I Petr. 4, 3). La cruz del Señor pone un término, y ella, como una valla, nos protege y nos aparta de los antiguos pecados. Regenerados, pues, hemos de adherirnos a la verdad, volver al buen sentido y santificarnos, porque «los ojos del Señor están puestos sobre los justos y sus oídos atentos a sus plega-

---

<sup>8</sup> P. G. 9, 734. La lección del Evangelio «quod factum est» («lo que fué hecho») considerado como sujeto de la frase siguiente era la lección de S. Agustín; pero no parece la verdadera. El «quod factum est» debe ligarse a lo que precede.

rias; mas su mirada se vuelve airada a los obradores de iniquidad» (Sal, 34, 16). «Y quien nos dañará, si siguiéramos el bien» (I Petr. 3, 19) ».

Un tema análogo, la vida virtuosa de los mártires, nos declara en los *Strómatas*: «Pues con el corazón se cree poder alcanzar la justicia y con la boca se hace la confesión para lograr la salud, pues dice la Escritura: «Quien creyere no será confundido» (Rom. 10, 10-11). «Esta es la palabra de la fe que nosotros predicamos, pues si confiesas con los labios que Jesús es el Señor y crees de corazón que Dios le ha resucitado de entre los muertos, serás salvado» (Rom. 10, 8-9). Claramente nos describe la Escritura la perfecta justicia, que está en las obras y en la contemplación. «Bendigamos, pues, a los que nos persiguen; bendigamos y no maldigamos» (Rom. 12, 14). «Porque esta es nuestra gloria, este el testimonio de nuestra conciencia, que en la santidad y sinceridad (II Cor. 1, 12) hemos conocido a Dios, mostrando con esta pequeña obra, la de nuestra caridad, puesto que no nos hemos conducido en el mundo, según la sabiduría carnal, sino según la gracia de Dios» (Ib. ib.).

Esto es lo que el Apóstol dice de la gnosis. Cuanto a la enseñanza ordinaria de la fe la llama en la II epístola a los Corintios «perfume de la gnosis (2, 14). Porque hasta este día hay muchos que, cuando hacen la lección del Antiguo Testamento, tienen sus ojos cubiertos por el velo (3, 14) y no les es quitado por la conversión al Señor». Por esto a los que pueden ver les he mostrado una resurrección en la carne misma de esta vida «que se arrastra sobre el vientre» (Gen. 3, 14). Y ha podido llamar a estas gentes raza de víboras (Mt. 3, 7; Lc. 3, 7), a estos voluptuosos, esclavos de su vientre y de su sexo (Rom. 16, 18), que «a causa de sus pasiones terrenas» (Tit. 2, 12) se cortan la cabeza unos a otros. «Hijos míos, decía Juan, no amemos sólo de palabra, ni de boca, sino de obra y de verdad (I Ioan. 3, 18-19). Si Dios es caridad (ib. 4, 16), la verdadera religión es también caridad. «En la caridad no hay temor, pues la perfecta caridad echa de sí el temor» (ib. 4, 18). En esto consiste el amor de Dios, en que practiquemos sus mandamientos» (ib. 5, 3) Y para el que aspire a la gnosis está también escrito: «Seas modelo para los fieles en tus palabras, en tu conducta, por tu caridad, por tu

---

\* Lib. III, 13.

fe, por tu castidad» (I Tim, 4, 12). Pues, a mi juicio, se distingue aquí la perfección de la fe ordinaria <sup>10</sup>.

\* \* \*

El dogma cristiano de la inspiración de las Escrituras tiene en Clemente un testigo fidelísimo. Contra los gnósticos, que para exaltar el Nuevo Testamento condenaban el Antiguo, afirma Clemente que ambos son obra del mismo autor, quien habla por todos los autores sagrados: «El autor de nuestra doctrina, dice, es el Señor, que por los Profetas y por el Evangelio, y luego por los bienaventurados Apóstoles, hablando muchas veces y de muchas maneras, desde el principio nos conduce hasta el fin de la ciencia». Siendo esto así, no es maravilla que añada: «No buscamos el testimonio de los hombres, antes con las palabras del Señor probamos lo que se nos propone. Esta palabra es más digna de fe que cualquier demostración, o mejor, es la sola demostración, por la cual son fieles los que una vez gustaron las Escrituras». En otra parte demuestra que uno solo es el Dios de ambos Testamentos, porque unas mismas son las promesas que se nos hacen a nosotros y a los patriarcas <sup>11</sup>. S. Pablo, el último llamado al apostolado, nos demuestra en sus escritos que depende del Antiguo Testamento y que la fe en Jesucristo y el conocimiento del Evangelio son la interpretación y la realización de la Ley. Por esto fué dicho a los Hebreos: «Si no creyéreis, no entenderéis», es decir, si no creyéreis en aquél que fué profetizado por la Ley, no entenderéis el Antiguo Testamento, que El mismo nos declaró con su venida <sup>12</sup>. Por consiguiente, no hay más que un solo Testamento, que fué portador de salud desde el principio del mundo y que ha llegado hasta nosotros, aunque se diferencia según las generaciones y los tiempos. Porque es muy natural que no haya más que un don irrevocable de salud, procedente de un Dios único y por un solo mediador <sup>13</sup>.

Los antiguos Padres designaban al Espíritu Santo por el calificativo de *profético*, y en el Símbolo decimos de El que «habló por los profetas». Pues Clemente nos dice que es el Espíritu Santo el

<sup>10</sup> *Strom.*, lib. IV, 16.

<sup>11</sup> *Strom.*, II, 6.

<sup>12</sup> *Ib.* IV, 21.

<sup>13</sup> *Ib.* VI, 13; III, 2.

que habla por David; el mismo, el que enseña por Jeremías; el que por Pablo dice en lenguaje místico a los corintios: «Como a niños os di a beber leche»; y a los filipenses, haciéndose intérprete de la voz divina: «El Señor está cerca, mirad que no os sorprenda con las manos vacías». Siendo todos éstos otras tantas bocas del mismo Espíritu, se comprende que pueda decir Clemente que alegará testimonios innumerables de la Escritura, de los cuales ni uno quedará sin cumplimiento.

Conocida es la opinión de muchos antiguos Padres, los cuales decían del Verbo que apareció en forma humana para darnos a conocer al Padre, el mismo que, en el Antiguo Testamento, se había anunciado a sí mismo. Ya dejamos citado un pasaje, en que nuestro autor asegura que el Señor habló por los Profetas primero, como habló después por los Apóstoles, pues El mismo es quien nos instruye y como padre amoroso nos aparta del pecado y nos guía por la senda de la justicia. El por boca de Jeremías nos enseña que de nada sirven los cosméticos, que hermocean el cuerpo, cuando falta la verdadera belleza de la justicia en el alma <sup>14</sup>, y por S. Pablo nos advierte que no prestemos atención a las cosas visibles, sino a las que no se ven <sup>15</sup>.

Fundado en esta misma idea de ser el Verbo quien habla en el Antiguo Testamento, igual que el Nuevo, en su obra el *Pedagogo* da este nombre al mismo Logos, a Jesucristo. Es esta una concepción muy hermosa de Clemente, que dedica un largo capítulo a demostrar que ante Dios son como niños cuantos viven de la verdad, alegando para ello numerosos pasajes, así del Nuevo, como del Antiguo Testamento. Y completa esta idea refutando la concepción de los filósofos, que se empeñan en entender por niños a los que aprenden las disciplinas elementales de la sabiduría humana <sup>16</sup>.

Esta intervención del Logos en la revelación bíblica produce la unidad en ambos testamentos. Primero porque, siendo uno el autor, uno ha de ser su pensamiento. Además porque este pensamiento no es otro que el mismo Logos, que en el Antiguo Testamento se promete y anuncia, y en el Nuevo se revela y da cumplimiento a las

---

<sup>14</sup> *Paedag.* III, 6.

<sup>15</sup> *Paedag.* III, 2.

<sup>16</sup> *Paedag.* I, 5 s.



promesas y a las predicciones. Por esto mismo se necesita la luz del mismo Verbo para alcanzar la inteligencia de las Santas Escrituras <sup>17</sup>.

En esta insistencia sobre la acción del Logos, o del Espíritu Santo, en la composición de las Escrituras, parece quedar olvidada la parte de los autores inspirados, como si no fueran otra cosa que órganos inanimados, los cuales ninguna cosa hacen fuera de dar paso a la acción de la causa principal. Esta limitación no es sólo de Clemente. Por lo común los Padres insisten en este aspecto divino, de donde dimana la autoridad de las Escrituras, y han sido pocos los que se hicieron cargo de la parte del autor humano, como no fuera cuando se trataba de resolver alguna dificultad. Ni nos hemos de maravillar que esto suceda así; maravillémonos que haya sido Su Santidad Pío XII quien en su encíclica *Divino afflante Spiritu* nos hable de los autores sagrados como órganos vivos del Espíritu Santo, y de los géneros literarios, como una consecuencia de su cooperación en la composición de las Escrituras. Recordamos a este propósito lo que atrás dejamos mencionado, que Clemente infiere haber sido S. Lucas el traductor de la Epístola a los *Hebreos* de la semejanza del estilo con los *Hechos*. Esto arguye que S. Lucas puso su parte en una y otra obra.

¿Por qué conducto llegaron a nosotros los libros inspirados? Esto ofrecía una dificultad tratándose del Antiguo Testamento, escrito por autores judíos, que remontaban a una grande antigüedad, y que había sido compuesto casi todo en una lengua muy extraña a la griega. Sobre esto dos leyendas daban a Clemente, como a otros muchos Padres, plena tranquilidad, ya que no pudieron alcanzarla por los estudios históricos y críticos, que apenas existían. El IV de Esdras, uno de los mejores apócrifos del Antiguo Testamento, que solía ir unido a libros sagrados en la versión de los LXX, como va hoy al fin de las ediciones de la Vulgata, nos cuenta de qué manera, bajo el impulso de una poderosa inspiración, dictó a cinco amanuenses hasta noventa y cuatro libros. De éstos venticuatro son los que todo el mundo reconoce como inspirados y los setenta restantes son esotéricos (apócrifos), en los que se encierra la más alta sabiduría y que por esto son entregados a los sabios del pueblo, los únicos dignos de leerlos <sup>18</sup>. Por esta vía se habrían salvado los Libros

<sup>17</sup> *Paedag.* I, 7.

<sup>18</sup> IV ESDR. c. 14. *Strom.* I, 22.

Santos de la catástrofe nacional del reino judío y los judíos estarían seguros de poseer una edición fiel y correcta de sus Libros Sagrados.

Pero Clemente, como la Iglesia, no leía la Biblia en hebreo, sino en griego. La versión griega ¿qué valor tenía? Sobre este punto Clemente, que vivía en Alejandría, debía aceptar con agrado la leyenda judía sobre el milagro de la versión de los libros del Antiguo Testamento por los setenta ancianos, doctos en las lenguas hebrea y griega. Colocados en otras tantas celdas separadas, en la isla de Faros lograron, no sin inspiración divina, hacer una traducción del todo concorde. Habría ocurrido todo esto en el reinado de Tolomeo Filadelfo (285-247), siendo agente principal de esta obra el bibliotecario real Demetrio Falerio <sup>19</sup>.

\* \* \*

Los judíos formaban en Alejandría una colonia numerosa y potente. Al contemplar aquella admirable cultura griega, unida a un politeísmo degradado, se sintieron muy por encima de los griegos, no obstante el desprecio que éstos tenían a los hijos de Israel. De aquí nació en éstos la idea de que la cultura de los fenicios y de los griegos tenía su origen en Israel. Los más notables legisladores de Grecia y los filósofos más ilustres eran simples discípulos de Moisés y de los Profetas. Para probar y difundir esta idea se escribieron muchas obras, que salieron a la luz bajo el nombre de antiguos personajes griegos o bárbaros. La lista de estas obras, hoy casi todas perdidas, sería larga.

Muchos escritores cristianos de la antigüedad aceptaron como verdad histórica esta superchería hebrea, siendo de ellos nuestro Clemente, que dedica muchas páginas de sus obras a desarrollarla. Según él, buena parte de la mitología griega no sería otra cosa que una deformación de la historia bíblica. Sirvan de ejemplo las hazañas de Sansón contadas en el libro de los *Jueces*, de donde los griegos sacaron el mito de Hércules y de sus doce trabajos. Las leyes de Licurgo y Solón, lo mismo que las de Platón en su *República*, no serían más que un plagio de la legislación mosaica.

Clemente no se contenta con afirmar esta leyenda judía; ayudado de su portentosa erudición trata de probar su historicidad, mediante numerosas comparaciones y narraciones tomadas de la lite-

<sup>19</sup> *Strom.* I, 22; P. G. 8, 889.

ratura apócrifa. Por ejemplo, Eupolemo en su obra, de *Los Reyes de Judea*, nos cuenta que Moisés fué un gran sabio, que enseñó la gramática a los fenicios, los cuales, a su vez, la enseñaron a los griegos. Otro autor por nombre Artapano, que escribió una obra *Sobre los Judíos*, nos narra cómo habiendo sido encarcelado Moisés por el faraón Nequefre, porque pedía la libertad de su pueblo, una noche salió de la cárcel milagrosamente y se dirigió al palacio real. Llegándose al rey, que dormía, le despertó. Sobresaltado el rey ante el prodigio preguntó a Moisés el nombre de su Dios, y diciéndoselo al oído, quedó instantaneamente muerto, aunque luego Moisés le volvió a la vida con la misma facilidad con que se la había quitado <sup>20</sup>.

Un largo capítulo de las *Stromatas* lo dedica a mostrar que los griegos han tomado de los hebreos lo mejor de su filosofía <sup>21</sup>. La comparación entre los textos griegos y los bíblicos no hace grande honor al sentido crítico de Clemente.

La filosofía moral, que es la más importante para el gobierno de la vida humana, también la recibieron los griegos de Moisés, el cual les dió a conocer las virtudes de la fortaleza, la templanza, la prudencia, la justicia, la paciencia, la modestia, la honestidad y la continencia, y la que a todas supera que es la piedad, la cual nos enseña a rendir culto a la primera Causa <sup>22</sup>.

Particularmente la toma Clemente con Platón, no obstante mirarle con especial simpatía, y de él escribe que, en redactar las leyes de su República, se sirvió de Moisés y de él aprendió a corregir la obra de Minos y de Licurgo, que no buscaban en su legislación sino formar ciudadanos fuertes y aptos para la guerra. También Platón enseña a buscar una cosa, pero ésta no es la fortaleza ni otra cualquiera virtud, sino a Dios, en quien resume todas las virtudes <sup>23</sup>.

El valor de semejantes comparaciones ya se deja entender cuál puede ser por la tesis que con ellas intenta probar. Y es maravilla que, en los tiempos modernos, algunos partidarios del método comparativo hayan llevado su exageración hasta hacer derivar de las leyendas mitológicas de Egipto, Caldea, Grecia, etc. toda la historia

---

<sup>20</sup> *Strom.* I, 23.

<sup>21</sup> *Strom.* V. 14. Cfr. *Strom.* I, 15; I, 21; II, 5.

<sup>22</sup> *Strom.* II, 18.

<sup>23</sup> *Strom.* I, 25.

biblica. Es el error antiguo vuelto al revés, pero igualmente fundado que él.

\* \* \*

Bien conocida es de todos la tendencia de la exégesis bíblica alejandrina al alegorismo. Esta se halla representada principalmente por Orígenes; pero tiene su origen en Filón. Sacó éste su sistema exegetico de la filosofía griega, sobre todo de la platónica y de la estoica. Supone este sistema un sentido literal, el que suenan las palabras de los textos, y otro místico, alegórico, el que tienen las mismas palabras tomadas como símbolos o alegorías. La diferencia entre los diversos autores, que más o menos siguen este sistema de exégesis, estará en el valor que den al primer sentido, al literal. Para Filón las palabras del texto no parecen tener otro sentido que el simbólico; otros le conceden una realidad, aunque para ellos lo principal está en el segundo sentido, el místico o alegórico. Tal, por ejemplo, Orígenes. Ni faltan quienes insistan sobre todo en el sentido literal, en que está la enseñanza escrituraria y no aceptan el alegórico, sino es fundado en el primero y como aclaración de él. Tal parece ser el método seguido por Clemente, para quien la historia tiene un valor real, lo mismo que los preceptos morales. Pero téngase presente que ni Clemente ni los demás Padres, poseían una clasificación precisa de los sentidos de la Sagrada Escritura. La palabra alegoría tenía para ellos muy diversos sentidos, empezando por el metafórico.

Para la investigación de estos sentidos, máxime del alegórico, no basta, a juicio de Clemente, el buen sentido del lector, ni su despejo natural. La primera regla para él es la eclesiástica, que consiste en interpretar la Ley y los Profetas en armonía con el Evangelio. Es natural esta regla, habida cuenta de que el mismo Verbo es el que habla primero por Moisés, por los Profetas y luego en el Evangelio y por los Apóstoles. Clemente no concibe que pueda haber contradicción en las palabras del Logos, que es la Sabiduría del Padre <sup>24</sup>.

Si quisiéramos ahora precisar el sentido del Evangelio, no lo busquemos en los herejes, que son de ayer; acudamos a la tradición de la Iglesia, que se remonta al Señor y a los Apóstoles <sup>25</sup>.

Pero no basta esta regla fundamental. Para llegar a establecer

---

<sup>24</sup> Una exposición más completa de este punto la hallará el lector en CL MONDESERT: *Clement d' Alexandrie*. Aubier. 1944.

<sup>25</sup> *Strom.* V, 15.



esa armonía son necesarias todas las otras disciplinas, especialmente la gramática y la lógica <sup>26</sup>. Nuestro autor reprende a los que se reputan inteligentes sin ninguna ciencia filosófica, sin conocimiento de la dialéctica, sin el hábito de la contemplación natural, y con sola la fe creen poder alcanzar los secretos misterios de la S. Escritura. Estos tales son como los que, sin ningún trabajo, quisieran gozar de los racimos de la vid. Esta vid, que es el mismo Señor, hay que trabajarla para recoger sus frutos <sup>27</sup>. Y si es verdad que ni los Profetas ni los Apóstoles poseían estas disciplinas humanas, era que el Espíritu Santo suplía bien por ellos. Mas para adquirir una inteligencia clara de sus palabras son imprescindibles las disciplinas humanas. Y Clemente sabe hacer uso de ellas para establecer el verdadero sentido de los textos sagrados y disipar las falsas interpretaciones de los herejes <sup>28</sup>.

Pero veamos cómo los alejandrinos y Clemente con ellos sacaban de la filosofía griega su teoría exegética. El uso del lenguaje simbólico es universal. Lo emplean las antiguas religiones para ocultar a la vista de los rudos sus misterios. Por ejemplo, la religión egipcia no los revelaba a cualquiera, sino a los llamados a reinar en el Valle del Nilo, y a aquéllos de entre los sacerdotes, que se distinguían por su inteligencia, cultura y probidad. La barca del sol era un símbolo y así mismo lo eran las leyes, que declaraban sagrados muchos animales <sup>29</sup>.

Igualmente en los diversos misterios conocidos de los griegos, por ejemplo los de Eleusis, todo el mundo reconoce los sentidos simbólicos. La filosofía estoica interpretaba la mitología griega como símbolos naturales. En la escuela de Pitágoras abundaba también el lenguaje simbólico <sup>30</sup>. No digamos nada de los poetas, v. gr. de Hesíodo, que hace grande uso de los símbolos para exponer veladamente al público rudo los misterios de la ciencia y de la religión <sup>31</sup>. Hasta en la escuela de Aristóteles, afirma Clemente, existían

---

<sup>26</sup> *Strom.* VII, 17.

<sup>27</sup> *Strom.* I, 9.

<sup>28</sup> *Strom.* III, 11; III, 12; VII, 16.

<sup>29</sup> *Strom.* V, 9.

<sup>30</sup> *Strom.* V, 4, 8.

<sup>31</sup> *Strom.* V, 5.

doctrinas esotéricas, expresadas en forma simbólica, e inaccesibles a los profanos. Pero sobre todo Platón, no sólo empleaba los símbolos, sino que nos ofrece el fundamento científico del simbolismo.

Para resolver el gran problema de los fundamentos de la ciencia, Platón había concebido, por encima del mundo percibido por los sentidos, un mundo ideal, el mundo de las ideas, del cual vendría a ser una imagen el mundo sensible. Los familiarizados con estas concepciones acababan por habituarse a mirar todas las cosas, que percibían por los sentidos, como imágenes o símbolos de otras más altas. Si consideramos con atención esta teoría, dejaremos de maravillarnos de la exégesis de Filón, que explicando, por ejemplo, los capítulos II y III del *Génesis*, ve en Adán la razón humana, y en Eva la sensibilidad, y sobre esta base interpreta la historia de los primeros padres, que nos refiere el Génesis, en sentido alegórico. Los sistemas gnósticos, en que tanto abunda el simbolismo, dejan también de ser un misterio psicológico, considerados a la luz de esta teoría. Y ni más ni menos la exégesis cristiana alejandrina, que tanta influencia ha tenido en la de todos los siglos.

Toda esta larga investigación sobre el uso del lenguaje simbólico la ordena Clemente a un fin, que es a demostrar y justificar el uso del mismo lenguaje en los Libros Santos, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, tanto más, cuanto que, teniendo una idea más alta de Dios y de sus misterios, sentían más su incapacidad de revelarlos a todos <sup>32</sup>, y la necesidad de cierto esoterismo. Por lo que toca al Antiguo Testamento expone por vía de ejemplo el simbolismo del tabernáculo levantado por Moisés en el desierto, y el del templo, con todos los elementos de uno y otro, los querubines, el arca con el propiciatorio, las vestiduras sacerdotales, etc., etc. Y termina con esta reflexión: «Largo sería proseguir cuanto se contiene en la Ley y en los Profetas y declarar los enigmas en ellos contenidos, porque casi toda la divina Escritura está llena de misterios, de lo cual son los Apóstoles los mejores testigos <sup>33</sup>».

Para probar que el Divino Maestro seguía también el mismo método de enseñanza, bastaría recordar las palabras referidas por

<sup>32</sup> *Strom.* V, 4, 8. (Sobre la Hermenéutica de Clemente de Alejandría cfr. *Dict. de la Théologie Catholique.* V. III, c. 805).

<sup>33</sup> *Strom.* VI, 15.

San Mateo: «Lo que habéis recibido al oído, según la declaración de Clemente, en lenguaje místico o alegórico, predicadlo a voces, sobre los tejados. El lenguaje parabólico del Señor es una confirmación de la anterior sentencia, la cual tendrá mayor valor, si consideramos las palabras del evangelista, al decir que Jesús no hablaba sin parábolas a la multitud, porque no eran capaces de entender su doctrina»<sup>34</sup>.

San Pablo nos habla del misterio de Cristo, escondido en los pasados siglos y ahora revelado a sus santos Apóstoles y Profetas por el Espíritu Santo (Efes. 3, 31; Colos. 1, 25 ss.) Claro que no se habla aquí, según Clemente, del misterio de Cristo oculto en los secretos de la sabiduría divina, sino del misterio escondido en los oráculos de los Profetas, que ha venido a poner de manifiesto la revelación evangélica.

En la epístola a los Hebreos habla también el Apóstol de los rudimentos de la fe, de la leche, alimento propio de los niños, que el mismo Apóstol contrapone a la alta sabiduría de la fe, al manjar sólido de los perfectos<sup>35</sup>.

Citemos como conclusión un curioso texto, tomado por Clemente del apócrifo titulado *Predicación de San Pedro*: «Nosotros, dice, después de haber estudiado cuantos libros proféticos tuvimos a la mano, los cuales por parábolas, por enigmas, o con palabras claras y manifiestas, nos hablan de Jesucristo, hallamos anunciada su venida, su muerte, su cruz y los restantes suplicios, así como su resurrección y ascensión a los cielos, aún antes de que existiera Jerusalén, según está escrito: «Todo esto debía El padecer y después de El lo que venga, que será la resurrección de los santos, y los cielos y la tierra nuevos, según el Apocalipsis. Y habiéndonos enterado de todo esto, creímos por las cosas que de El están escritas»<sup>36</sup>. Todo esto responde a la sentencia del Señor dirigida a los judíos: «Escudriñad las Escrituras, ya que en ellas creéis tener la vida, pues ellas dan testimonio de mí» (Jn. 5, 39). Esto hacían aquellos judíos de Berea, a quienes S. Lucas califica de nobles y que, reci-

<sup>34</sup> *Strom.* V, 10.

<sup>35</sup> *Strom.* VI, 15.

<sup>36</sup> *Strom.* Patr. Gr. 9, 604-652. Cf. EUSEBIO, *Hist. eccl.* III, 23.

biendo con avidez la palabra de S. Pablo, «consultaban diariamente las Escrituras por ver si era así» (Act. 17, 11).

La doctrina, que acabamos de exponer sobre el alegorismo de las religiones y de la filosofía, inducía a Clemente, no sólo a aceptarlo en la Escritura, sino también a aplicarlo, haciendo de él fundamento de la exégesis bíblica, que Orígenes desarrolló con una lógica y talento soberanos y que vino luego a caracterizar la escuela exegética alejandrina. Pero Clemente recurre ante todo al sentido literal del autor sagrado. Para probarlo bastará la lectura de su obra «¿Qué rico se salvará?», que no es otra cosa que el comentario de San Marcos 10, 17-31. En este comentario nada hay de alegorismo, sino una gran erudición bíblica para exponer la perícopa evangélica, terminando con el episodio del anciano evangelista S. Juan, que corre tras aquel joven discípulo, que se le había extraviado hasta convertirse en un bandolero.

Todo esto no significa que olvide la interpretación alegórica. El mismo divino Pedagogo, que por Moisés dió la ley a Israel, emplea un hermoso lenguaje para doctrinar a su pueblo. En Num. 6, 9, se dice del nazareno que si ante él muriese uno repentinamente, quedaría contaminado y debería tratarse como tal, rapándose la cabeza al séptimo día y ofreciendo un sacrificio a la entrada del Tabernáculo al octavo. Con esto recobrará su estado de santidad. Para Clemente la muerte repentina no es otra cosa que un pecado involuntario del mismo nazareno <sup>37</sup>.

Filón, a fin de que los griegos tuvieran en más estima la Ley, que era el tesoro de la cultura hebraica, la presentaba como una filosofía. Cosa semejante hace Clemente, acaso con las mismas o análogas intenciones que el filósofo judío. Y así divide la Ley mosaica en cuatro partes: la primera, es la Histórica; la segunda, llamada legal, que nos lleva a la moral y se denomina Ética; la tercera es la Física, que trata de los sacrificios; y la cuarta la Teología, que Platón llama epopteia, cuyo objeto es la contemplación de los grandes misterios, y que Aristóteles llama Metafísica <sup>38</sup>. Esta asimilación de la Ley con la Filosofía le lleva a otra, que muestra la estima en que tenía la filosofía griega: «Si el uso de la Filosofía no es de los

<sup>37</sup> *Paed.* I, 2.

<sup>38</sup> *Strom.* I, 28.



malos, antes fué dada a los mejores de los griegos, síguese de aquí cuál es su origen. Viene, pues, de la divina Providencia que, según los méritos de cada uno, le da lo que más le conviene, y así a los judíos les dió la Ley, y a los griegos la Filosofía, hasta el tiempo de su venida. Entonces hará un llamamiento universal, a fin de formar el pueblo justo, mediante la doctrina, que se funda en la fe y que nos congrega a todos en el Señor, único Dios de los griegos y de los bárbaros, de todo el linaje humano. Pues hemos dicho muchas veces, que por filosofía entendemos aquella disciplina, que nos lleva a la verdad, aunque sea parcial».

Esta concepción de Clemente nacida sin duda de su antigua profesión filosófica le lleva a concebir al cristiano como un filósofo, por cuanto, apoyado en las enseñanzas del divino Pedagogo aprende el verdadero arte de gobernar su vida, de manera que logre la felicidad. Tal era la concepción de la Filosofía, que prevalecía entonces en las escuelas griegas. Lo que después de su conversión había alcanzado San Pablo del valor de la Ley, eso mismo alcanzó Clemente de la Filosofía luego de recibir la iluminación de la fe. También ésta dimana del Verbo, el cual, como habló a Israel por los Profetas, así habló a los griegos por los filósofos. También la Filosofía es para los griegos el ayo, que los debe llevar a Cristo, en quien han de hallar el camino de la vida. Pero de los griegos y su filosofía, se puede decir lo que San Pablo dice de la ciencia de los escribas. Unos y otros son condenables cuando, llevados del orgullo, rechazan la gracia de Dios. A todos ellos les convienen las palabras alegadas por el Apóstol en I Cor. 1, 19: «Destruiré la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes». Estos sabios, para Clemente, son los filósofos que, demasiado confiados en su arte silogística, tienen por necedad el Evangelio y rehusan prestarle el asentimiento debido. A éstos conviene lo que el Señor dice de los falsos profetas, que son verdaderos lobos de las almas, muy pagados de su sabiduría y ansiosos de la gloria humana <sup>39</sup>.

Otra prueba de la influencia, que el ambiente doctrinal de su época ejercía sobre Clemente, es la concepción de la gnosis y del gnóstico. En los días que le tocó vivir abundaban las sectas gnósticas, algunas de las cuales tenían su asiento en la gran metrópoli ale-

---

<sup>39</sup> *Strom.* VI, 8, 17.

jandrina. Un doctor tan insigne como Clemente tenía que ocuparse de ellos, preocuparse de sus doctrinas, de su propaganda y de impugnarlas en sus escritos. Para esto acude a las dos fuentes de la revelación: primero, a la S. Escritura, que los gnósticos adulteraban descaradamente; luego, a la tradición de la Iglesia. Por esta vía le es fácil echar por tierra el principio antijudaico de los herejes, que rechazaban al Dios del Antiguo Testamento, el Dios justo, que castiga la maldad, y se acogían al Padre celestial, al Dios bueno y misericordioso, predicado por el Evangelio.

La polémica con los gnósticos llevó también a Clemente a adoptar los vocablos *gnosis* y *gnóstico* para designar la perfección cristiana y el cristiano perfecto. En frente de los herejes, que presumían de poseer la ciencia perfecta de Dios, del mundo y de la salvación, opone Clemente la verdadera sabiduría, que logramos por la revelación y el cristiano, que por la fe y la virtud alcanza la perfecta unión con Dios. El texto de S. Pablo I Cor. 6, 1 ss. le ofrece un magnífico esquema, que hermosamente glosa para darnos la imagen del perfecto gnóstico. Este es el que ama la verdad y aborrece la mentira, que renuncia al juramento, permitido por la Ley, y se atiene al precepto del Señor que nos manda no jurar, contentándose con un *sí* o un *no* <sup>40</sup>.

Daremos fin a esta breve exposición de las ideas exegéticas de Clemente con la mención de su aritmética simbólica. No ha sido, sin duda, Pitágoras el inventor del simbolismo de los números. Este viene del Oriente y en la S. Escritura hallamos una prueba de ello. Clemente es un testigo más de la tradición matemático-simbólica, que tanta parte ocupa en la exégesis patristica y medieval, y que la exégesis moderna no puede desechar del todo. Comentando el decálogo Clemente hace largas disquisiciones sobre el número *diez*. Todo un capítulo dedica a los sentidos místicos de los números, de la geometría y de la música <sup>41</sup>.

\* \* \*

El breve estudio que precede sobre la exégesis de Clemente de Alejandría nos pone de manifiesto cómo los principios que la Igle-

<sup>40</sup> *Strom.* VII, 10-14.

<sup>41</sup> *Strom.* VI, 11.

sia nos inculca sobre el origen divino de la revelación, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, sobre el origen divino de la Escritura Sagrada, sobre sus sentidos y las reglas fundamentales de interpretación, no son innovaciones de los tiempos modernos; remontan a los orígenes de la Iglesia, que se ha considerado siempre como la conservadora e intérprete del tesoro de la verdad revelada.

FR. ALBERTO COLUNGA, O. P.